

(pág. 346). Eso de que el 11 de septiembre de 2001 inauguró una nueva época es una afirmación sin mucho sentido, que desconoce e ignora la historia de la humanidad, y más específicamente la del imperialismo estadounidense, que desde un siglo antes de esa fecha, por lo menos, ha estado agrediendo al resto del mundo, y en especial a América Latina. Al mismo tiempo, lo que se finiquitó ese día fue lo que nuestro autor anuncia como novedoso: la economía global. Si esta alguna vez en realidad existió, murió el 12 de septiembre de 2001, cuando el gobierno de los Estados Unidos aprobó una ayuda de ochenta mil millones de dólares para recuperar la economía de su país, en una clara muestra de keynesianismo militar, y con esto demostró que la economía global era una construcción estadounidense que dejó de existir cuando a este gobierno ya no le convino esa falacia. Por eso no tiene ninguna lógica decir que el binomio que se fortalece esté configurado por la economía global y la seguridad internacional, porque a los Estados Unidos poco les importa la primera; simplemente quieren fortalecer su poder y el de sus multinacionales, como se está demostrando, por si hubiera duda, en Iraq, y a eso es a lo que llaman un nuevo proyecto de defensa nacional. De modo que ese tal binomio no existe sino en la cabeza de sociólogos mal informados y prestos a repetir la propaganda diaria de la televisión. Y en cuanto al terrorismo, se olvida que no es la primera vez, y de seguro no será la última, que los Estados Unidos y sus vasallos acuden a la cantinela del terrorismo para justificar sus crímenes y sus acciones contra los países periféricos, como aconteció con la guerra declarada de Reagan en la década de 1980 contra Nicaragua, país considerado como representante del terrorismo internacional y del imperio del mal en América Latina.

En esta reseña solamente hemos hecho mención a los artículos directamente relacionados con el título del libro, concentrándonos en las evidencias de sentido común que allí

se encuentran, para mostrar que el uso de términos de moda (globalización, sociedad civil, sociedad civil mundial, Estado social de derecho...) no es garantía ni de rigor ni de seriedad analítica, puesto que ese vocabulario ligero —propio del “pensamiento débil”— simplemente tiene como finalidad el congraciarse con los poderes dominantes, y más si éstos proporcionan recursos económicos para organizar simposios y encuentros académicos, donde pueden desfilan las rutilantes estrellas de la academia que hoy hacen un libro sobre religión y mañana de pronto hacen uno sobre recetas de cocina desde alguna universidad de los Estados Unidos, puesto que en los dos casos queda a las mil maravillas el término insustancial de globalización, que puede ser usado para estudiar el sexo de los ángeles o el carácter maléfico de Satanás.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor,
Universidad Pedagógica Nacional

De fácil comprensión

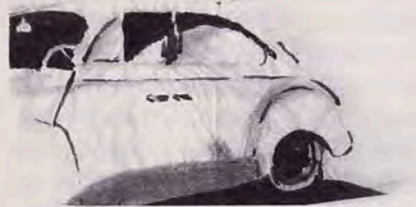
Las piezas del rompecabezas.

Desigualdad, pobreza y crecimiento

Armando Montenegro y Rafael Rivas
Editorial Taurus, Bogotá, 2005,
341 págs.

Cuando me recomendaron leer *Las piezas del rompecabezas. Desigualdad, pobreza y crecimiento*, para comprender y aprender sobre nuestra evolución económica durante los últimos cien años, imaginé que tendría que enfrentarme con cifras, conceptos, cuadros estadísticos y fórmulas matemáticas que me provocarían algo así como el rompimiento de mi cabeza. Pero no. No fue así. Me encontré con un texto de fácil comprensión para todos los interesados por lo que sucede en Colombia, aun legos en economía como yo, donde se tratan, en lenguaje directo y claro, agudos problemas de nuestro país.

Asimilando la economía colombiana a un gran rompecabezas en el cual faltan fichas por ajustar bien y otras aún por encontrar, Armando Montenegro y Rafael Rivas escribieron un libro en que consignaron los resultados de sus investigaciones y estudios sobre las figuras que han desempeñado un papel determinante en nuestra economía, la forma como se han colocado en el tablero de nuestra realidad histórica —algunos políticos parece que las han colocado al contrario— y sugieren cuáles son las fichas que falta encontrar, con la esperanza de llegar algún día a terminar de armar el rompecabezas.



El subtítulo del libro dice: desigualdad, pobreza y crecimiento. Podemos decir que éstas son tres piezas del rompecabezas que no encajan bien. Los tres primeros capítulos del libro se dedican a estos temas. Sobre la desigualdad, los autores plantean que la economía colombiana carece de una adecuada distribución del ingreso, en parte porque una buena porción del gasto público no beneficia a los pobres, que son el 60% de la población, pero sí favorece la situación y las condiciones de las clases media alta y alta; es decir, se deja de dar lo que les corresponde a los pobres cuando se favorece desproporcionadamente a un sector minoritario de la sociedad: el oligárquico. Así, una de las piezas del rompecabezas que no cuadra dentro del esquema económico colombiano es la figura pensional. Sostienen Montenegro y Rivas que Colombia mantiene una estructura pensional que favorece escandalosa-

mente los intereses de unos cuantos privilegiados —ex militares, ex congresistas, ex ministros, ex embajadores, ex magistrados, entre otros—, quienes con sus estrambóticas mesadas no le prestan ningún servicio a la justicia social en Colombia. El componente de desigualdad pensional mina la eficacia del gasto público, concluyen los autores. Y agregan, además, que otra figura bien chueca que no le cuadra al rompecabezas de la economía colombiana es el de los beneficios y exenciones tributarias para los industriales poderosos y, en general, para todos los ricachones. Montenegro y Rivas afirman que cualquier solución que piense aplicarse debe partir de un reconocimiento sincero de la magnitud de la crisis fiscal que mantiene hoy a Colombia al borde de la quiebra y en una situación económica muy difícil para la mayoría de su población. La desigualdad creciente no sería un problema si los gobiernos subieran los impuestos a los ricos y los subsidios a los pobres. Acerca de la pobreza, otro de los temas fundamentales del libro, se afirma lo que ya parece sonar a lugar común: que la sociedad colombiana es pobre. Se indica que somos pobres porque han fallado las políticas económicas y sociales en su aplicación por parte de los gobiernos que nos han regido —no se salva ninguno— desde el gobierno de Carlos Lleras Restrepo, pues todo se ha quedado en promesas electorales y muy poco de lo que se promete se ejecuta.

Pero no todo son lamentaciones y denuncias. Leyendo algunos indicadores se colige, a nuestro favor, que el crecimiento económico del país, durante el siglo pasado, estuvo en promedio por encima de la mayoría de países del tercer mundo —obviamente, estamos comparativamente lejos de los países desarrollados—, factor que ha ayudado a que la pobreza no sea mayor. Basándose en datos obtenidos con sus investigaciones, los autores muestran que durante el siglo XX Colombia multiplicó su riqueza por cien. Creímos cien veces. Esto para desta-

car que si las falencias económicas se atribuyen, entre otras causas, al mal manejo de la economía, es justo reconocer que ese índice de crecimiento económico tuvo también, como una de sus causas, la aplicación de políticas públicas que han permitido que nuestra situación no sea peor. Es decir, que si hubo crecimiento en el siglo pasado, es urgente volver a crecer a ritmos altos, lo cual, insiste el libro, es posible con una serie de medidas respaldadas por una fórmula general simple: sensatez y liderazgo político en el momento de ejecutar lo económico y lo social. Es un enunciado simple, pero vaya que parece bien difícil llevarlo a la práctica; lo demuestra la situación de muchos países del mundo, entre los que nos contamos.



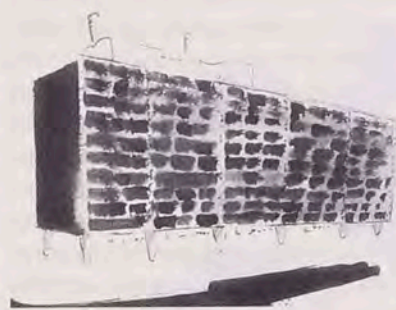
El libro presenta herramientas que sus autores consideran necesarias para ajustar las piezas del rompecabezas, juego que en su realización práctica debería traducirse en la reducción paulatina de la pobreza y en el establecimiento de políticas distributivas más justas. Considero que esas instrucciones para ajustar el rompecabezas de la economía colombiana van a ser bien necesarias, porque lo que se puede ver a través de los datos económicos es que nuestro futuro en estos asuntos está bien comprometido. Pero bien comprometido. Sobre los remedios o consejos que se encuentran en el libro para tratar de armar bien el rompecabezas, específicamente de la pobreza dicen los economistas que ésta es muy sensible al

incremento del Pib (producto interno bruto). Yo me imagino que el Pib se incrementa estimulando el Pii (producto interno inteligente), que debe ser algo así como el trabajo mancomunado y bien orientado de todos los colombianos.

Aclarando que esto del Pii no es más que una ocurrencia distensionante del reseñista, el libro sí es muy serio en todos sus temas, como cuando se refiere a la figura de la educación como una de las herramientas para combatir las desigualdades económicas y sociales. A mí me encantó, como estudiante de una licenciatura en historia, la profundidad que le dan a este asunto, capítulo que se inicia con un apunte donde se destaca la preocupación del ex presidente Alberto Lleras Camargo por el tema educativo, cuando en un discurso aconsejó que en las paredes de todas las escuelas de Colombia se escribiera la siguiente sentencia: “Oh vosotros que no entréis aquí, perded toda esperanza” (pág. 143). Rafael Rivas y Armando Montenegro señalan que una educación con buena cobertura y calidad, especialmente para los más pobres, es base fundamental para llegar a niveles de desarrollo que mañana nos permitan alcanzar niveles equitativos de vida. Los autores explican su tesis tomando como modelo el ejemplo asiático, en el que la inversión estatal en educación primaria garantiza que esta llegue a todos los chinitos —a todos, todos— y con una calidad superior a la de la educación universitaria. Le invierten más a la educación básica y formativa que a cualquier otro nivel educativo, y por eso los niveles de desarrollo y de productividad asiáticos están donde están. En Colombia necesitamos una revolución en este sentido porque, según estudios sobre el tema, con ochocientas horas de escolaridad al año no podemos pretender ser competitivos en el nuevo escenario globalizado del mundo, cuando Europa está entre 1.700 y 1.800 horas y en Oriente —China y Japón— pasan los niños y jóvenes más de 1.900 horas del año en la escuela¹. Tampoco podemos pensar en un desarro-

llo económico con crecimiento estable y sostenido cuando el "Informe de progreso educativo, Colombia 2003" señala que sólo uno de cada cinco estudiantes de educación básica puede comprender bien lo que lee y apenas uno de cada diez puede resolver problemas matemáticos de alguna complejidad. Según el informe, si Colombia no toma medidas urgentes para mejorar la educación, especialmente para los niños de escasos recursos, se necesitarán casi sesenta años para que el segmento más pobre de la población alcance los doce años de educación, que son los necesarios para que las personas salgan de la pobreza. Años de estudio que el diez por ciento —los más ricos— alcanzó desde hace trece años². Estas desigualdades, que aumentaron en los últimos años por la crisis económica y el conflicto armado, se notan más en preescolar y en secundaria. Mientras que casi todos los niños entre cinco y seis años del sector más rico van al preescolar, sólo lo hacen seis de cada diez de los más pobres. En secundaria, únicamente cinco de cada diez de los más pobres asisten a un colegio, mientras que en los estratos altos van ocho. La educación no puede construir equidad si el sistema político segrega a ricos y pobres en escuelas para ricos donde van todos los ricos y escuelas para pobres que no alcanzan para todos los pobres. Un país verdaderamente preocupado por el futuro de sus hijos debe empezar por mirar la educación como un asunto verdaderamente serio que merece atención suficiente del Estado en cuanto a cobertura, calidad y a la implementación de programas educativos dirigidos a la consecución del país que queremos, un país con un dinamismo social, político y económico que le permita competir y contribuir con dignidad en el escenario globalizado del mundo contemporáneo. Los economistas sostienen que la riqueza de las naciones es directamente proporcional a la preparación técnico-científica de sus profesionales y trabajadores. Así mismo, se dice que hay que formar para el trabajo y que deben desarrollarse

competencias laborales desde la educación primaria. En esta medida puede construirse una ficha educativa para el rompecabezas, que se ajuste segura dentro del esquema social y que asegure, en el futuro, oportunidades de trabajo para todos.



En una columna de prensa de El Espectador titulada "Otra pieza del rompecabezas", Armando Montenegro profundiza en el tema del impuesto a las sucesiones porque, según críticos del libro, "no recibió toda la atención que merece"³. A grandes rasgos, ahí se agrega que este impuesto puede ser un instrumento real para que los tributos cumplan con una función redistributiva y así poder hacer realidad la equidad en sus justas proporciones, condición esencial para poder hablar de justicia. Me interesa destacar que en esta columna se dice que una próxima edición revisada de *Las piezas del rompecabezas* debe incluir este tema del impuesto a las sucesiones. Sería bienvenida esa segunda edición, y yo recomendaría que se incluya, entre los temas que van tratar, el problema de nuestra dependencia económica externa que, según he podido leer y conocer dentro de mis estudios de pregrado en historia, es fundamental para comprender la situación de subdesarrollo en la cual vivimos. La historia de América Latina y de Colombia es el registro permanente de la dependencia externa. Vivimos desde el siglo XV en un continente oprimido y dependiente de una voluntad de poder externa que genera el subdesarrollo, figura que en *Las pie-*

zas del rompecabezas tampoco cuadra. Montenegro y Rivas profundizan en el tema del subdesarrollo, pero no se considera con el detenimiento que podría esperarse este tema de la dependencia externa, que no es moda pasada de la filosofía de la liberación. Según estudio de Santiago Aráoz, "este origen histórico del atraso, ligado a la expansión del capitalismo mundial, hace que las economías de los países periféricos sean dependientes, pues sus sistemas sufren ciclos inducidos, al mismo tiempo que su desarrollo queda fuertemente condicionado al sector externo en los aspectos de atención de divisas, mercado de capitales e importación de tecnología"⁴.

Actualmente, Colombia enfrenta las negociaciones sobre el TLC (Tratado de Libre Comercio) con Estados Unidos, hecho económico trascendental que despierta enormes dudas en amplios sectores, sobre si será un instrumento para favorecer el comercio y la economía de todos los pueblos o si, por el contrario, será otro mecanismo como la apertura neoliberal de los años noventa, que sirvió para restringir las posibilidades de proteger nuestras economías internas y para estimular el crecimiento pero de las multinacionales, crecimiento que nos subdesarrolla. En esos amplios sectores económicos y sociales del país hay temores fundados sobre las dificultades para competir exitosamente en un mercado desigual en el que, como ya está sucediendo, los Estados Unidos terminarán apoderándose de nuestros recursos y de nuestras empresas, destrozando la economía local. ¿En qué fundan esos temores? Según lo han expresado algunos gremios y voces de organizaciones sociales en el país, el TLC puede profundizar la crisis económica que vivimos si los Estados Unidos se empeñan en mantener posiciones ventajosas, como las que han venido estableciendo en asuntos como los derechos de propiedad intelectual y, además, se niegan a reconocer las diferencias en la capacidad productiva de los países negociadores, entre los que sólo salen realmente beneficiados los que

pueden sostener subsidios a la producción agrícola y otras ayudas imposibles siquiera de pensar para los países en desarrollo. Por eso el 98,9% de los cerealeros, arroceros, trigueros, algodóneros y otros cultivadores colombianos dijeron NO a la inclusión de sus productos en las negociaciones del TLC, en la consulta campesina que la Asociación Nacional por la Salvación Agropecuaria realizó el domingo 4 de septiembre de 2005 entre 20.000 campesinos de Cundinamarca, Boyacá y Nariño⁵. Así mismo, los criadores nacionales de cerdos temen una marranada de Estados Unidos con el TLC, pues sospechan que van a quedar por fuera hasta del propio mercado nacional, por culpa de este acuerdo que nos puede poner en unos años en la obligatoriedad de tener que empezar a preparar lechona únicamente con marranas gringas⁶. En este sentido, advirtiendo sobre los riesgos de un TLC mal negociado y mal firmado, el columnista Daniel Samper Pizano reiteradamente denuncia que, si Colombia firma el capítulo del TLC sobre patentes biológicas y farmacéuticas, los Estados Unidos pueden terminar patentándonos los cuyes, los rosales, nuestras semillas y posiblemente se apropien hasta de los derechos de producción del maíz⁷. El mismo autor sostiene en fecha posterior, advirtiendo de nuevo sobre esos riesgos, que “según Cetim —Centro de Estudios Tercermundistas— desde la vigencia del TLC México pasó de 11 millones de pobres a 54 millones, y los indigentes absolutos superan ya los 20 millones”⁸. Ésta y muchas razones más son las que permiten suponer que este acuerdo comercial puede prolongar y agravar la dependencia económica y cultural que históricamente ha servido de freno al desarrollo de nuestros pueblos. Por eso sería interesante conocer el criterio acerca de este fenómeno en la edición revisada de *Las piezas del rompecabezas*, y qué mecanismos ayudarían a salir de esta situación. Si no, seguiremos con “el gringo, ahí”.

Rafael Rivas y Armando Montenegro publicaron un libro sobre

asuntos económicos y sociales muy serio e interesante, sin caer en la palabrería, la demagogia y el formulismo que suele caracterizar los estudios de este tipo. Hacen sus recomendaciones muy ponderadamente y se cuidan de ensayar como formuladores de recetas exclusivas para mejorar los caminos del progreso social. Ojalá que sus llamados de atención no caigan en el vacío, a donde han ido a parar tantas recomendaciones de estudios como éste. Su principal conclusión es que, si los colombianos nos lo proponemos, podemos enfrentar la pobreza y disminuirla hasta casi acabarla, mediante el crecimiento alto y sostenido, y tomando medidas para mejorar la distribución del ingreso, además de un esfuerzo e inversión razonables para mejorar la calidad de la educación y lograr así una efectiva igualdad de oportunidades para todos. La esperanza de Rivas y Montenegro en la economía es grande, pues defienden la tesis según la cual políticas públicas adecuadas y bien ejecutadas —con transparencia— tienen efectos positivos, además de la voluntad que debemos poner en la solución del conflicto armado que mantenemos. De lo contrario, mientras nuestro desarrollo crezca pobremente y se mantengan las condiciones de violencia, los esfuerzos para armar un rompecabezas ajustado se perderán. En el momento menos pensado, las fichas salen volando del tablero por causa de las explosiones de la guerra o desaparecen en la mano larga de los corruptos. Así no se puede jugar a armar el rompecabezas.

HERNÁN
GALÁN CASANOVA

1. Jorge Leyva Durán, “Propuestas audaces para la educación”, en *Revista de El Espectador*, Bogotá, 11 de agosto de 2002, pág. 32.
2. Corpoeeducación, *Informe de progreso educativo: entre el avance y el retroceso*, Bogotá, Fundación Corona, 2003.
3. Armando Montenegro, “Otra pieza del rompecabezas”, en *El Espectador*, Bogotá, 29 de mayo de 2005, pág. 16 A.
4. Santiago Aráoz, *Dependencia externa y dominación interna*, Bogotá, Universi-

dad Nacional de Colombia (Centro de Investigaciones para el Desarrollo), 1970, pág. 6.

5. “Trigueros no quieren el TLC”, en *El Tiempo*, Bogotá, 6 de septiembre de 2005, pág. 1-11.
6. Laura Charry, “Temen marranada de Estados Unidos por el TLC”, en *El Tiempo*, Bogotá, 2 de julio de 2005, pág. 1-12.
7. Daniel Samper Pizano, “El TLC perjudica gravemente su salud”, en *El Tiempo*, Bogotá, 16 de junio de 2004, pág. 1-15.
8. Daniel Samper Pizano, “Para empobrecer a los pobres”, en *El Tiempo*, Bogotá, 5 de octubre de 2005, pág. 1-13.

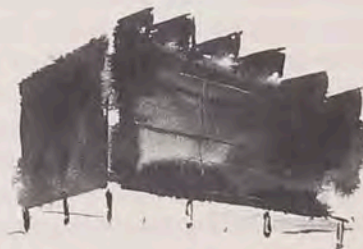
Cuestionamiento a la democracia: la construcción de “lo colombiano”

La identidad nacional en los textos escolares de ciencias sociales.

Colombia, 1900-1950

Martha Cecilia Herrera, Alexis V. Pinilla y Luz Marina Suaza
Universidad Pedagógica Nacional,
Bogotá, 2003, 208 págs.

Un buen libro sobre la educación en Colombia debe ser siempre bienvenido. La educación ha sido generalmente tratada como un derecho del hombre, una fuente de progreso y desarrollo moral e intelectual y una condición de la democracia.



Este libro se inscribe en el proyecto internacional de investigación sobre manuales escolares (Manes), con sede en la Universidad Nacional de